

la ciudad que habitó, cuestionó la modernidad mexicana y sus identidades, retrató distintas épocas de oro de la cultura popular, evocó movimientos sociales, tragedias ejemplares y efervescencias contestatarias, ridiculizó costumbres políticas, acercó distintas dimensiones culturales y creó personajes y lugares entrañables. Monsiváis hizo convivir las distintas dimensiones de la cultura y empuñó el mismo ahínco en, por ejemplo, traducir a Robert Lowell que en reivindicar a Agustín Lara; en hacer la biografía de Salvador Novo que la de Pedro Infante. Si bien esta exaltación de la hibridez cultural se convirtió después en una actitud maquinales, tuvo en Monsiváis a uno de sus más rigurosos pioneros. Aspirante a describir todas las metamorfosis del fenómeno cultural y las manifestaciones de la heterogeneidad social, Monsiváis escribió profusamente y mucho de su talento lo encauzó al comentario de coyuntura y al rescate de la trivía. Es natural que, ante esta hiperactividad, a veces el impacto de su prosa se dispersara, sus opiniones perdieran profundidad o sus chistes se repitieran. De ese aluvión de escritura, declaraciones banqueteras, chascarrillos y gestos que formaron el magisterio de Monsiváis habrá que rescatar sus momentos más memorables.

La influencia de Monsiváis, por supuesto, desbordó lo literario y fue un emblema crítico, asociado a la militancia de izquierda. Como crítico social, Monsiváis fue salvado por su humor: fue un compañero de ruta, cuya militancia respondía, más que a un convencimiento teórico, a un liberalismo y sentido de justicia intuitivos. Se trataba de una militancia vivaz y socarrona que no comulgaba con la solemnidad y el dogmatismo y que era capaz de solidarizarse con las causas, pero también de expresar desacuerdos y matices. De ahí que en su trayectoria destaquen, más que los entusiasmos y adhesiones pasajeras, sus defensas de la tolerancia y el respeto a las libertades individuales. Lo más importante del escritor y del crítico social, pues, no eran sus eventuales ascensos al temple, sino la índole de su humor festivo y piadoso, susceptible de generar un acto de conciencia en la sonrisa y de denunciar, entender y redimir al mismo tiempo. —

— ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

MONSIVÁIS ES EL MENSAJE

Lo intuíamos pero sólo con su muerte lo confirmamos: Carlos Monsiváis es un bien común y deberíamos incluirlo en la canasta básica. La gente (es decir, miles de individuos que se han manifestado, y no una abstracción retórica) le ha rendido un homenaje entrañable y espontáneo, como si al perder al referente perdiera también un poco el piso y se aferrara, desorientada, al último adiós a Monsi. Y *Monsi*, ya lo sabemos, ha trascendido a Monsiváis: es un meme, parte de la genética cultural del mexicano.

Perder al mejor traductor simultáneo de la realidad mexicana nos condena, al menos mientras dure el desconcierto, a hablar en lenguas con nosotros mismos. Hay que decir que, tristemente, apenas si nos daremos cuenta. Cuando vivía no lo hacíamos, y sólo al leerlo, hablar con él o verlo en la tele descubríamos que, hasta entonces, no estábamos entendiendo nada. Bastaba escuchar un fragmento de su conversación, que era una cadena de aforismos, para, entre risas, confesarnos: *es cierto, no lo había visto así...*

Y que todos, hoy, se lo apropien, que todos saquen de la chistera su apretón de manos con Monsi es una buena señal: es de todos. Dos días después de su muerte fui a la peluquería con un libro suyo bajo el brazo. Al verlo, el peluquero exclamó, no sé si con afectación deliberada o genuina consternación: “¡Se nos fue!” Interrogado por mí, me confesó que no lo había leído, pero que le gustaba verlo en la televisión. No hace falta leerlo: Monsiváis es una presencia viva en la peluquería de mi barrio. Fue el gozne que supo vulgarizar los acontecimientos de las altas esferas (sociales y políticas) y valorar los entresijos de la calle y la carpa. La ciudad de México, que se nos va de las manos, ha perdido al cronista que la tenía en un puño.

La influencia que ejerció en las generaciones más jóvenes de escritores y editores fue directa e instantánea: las redacciones de todas las revistas, suplementos, gacetas universitarias y publicaciones contraculturales que apenas nacían recibieron durante muchas mañanas el consabido telefonazo de Monsi, con el que el lobo de mar sacaba mucha más información de la que el editor imberbe lograba sacarle a él. No es leyenda urbana que tuviera un ejército de achichincles tejiendo para él sus redes de información: éramos todos nosotros sin darnos cuenta. Sólo cabe imaginar qué hubiera hecho, de haber querido, con una BlackBerry. Facebook de carne y hueso, no es exagerado decir que gracias a él, en gran medida, la sociedad civil se reconoció a sí misma. Su aparato telefónico debería ser la joya del Museo del Estanquillo.

Creo que su devoción por la poesía, traducida en varios ensayos penetrantes, no ha sido del todo reconocida. Si no fue un lector precisamente técnico, adentrado en los mecanismos de la retórica, sí entendió con lucidez, merced a su ojo panorámico, las causas y efectos de la poesía en su contexto histórico y social (aspecto que suelen olvidar los lectores técnicos). El Modernismo, el Estridentismo, los Contemporáneos, *sus* contemporáneos y el cosmos de la poesía popular, que no desdeñaba a José Alfredo Jiménez o a Agustín Lara, fueron leídos por Monsiváis como un derrotero, una ruta inteligible. Pero además le gustaba paladear, memorizándolos, sus poemas predilectos. No por nada una de sus aportaciones más valiosas, ese espacio semanal en que la clase política se autorretrataba y suicidaba con unas comillas, se llamaba “Por mi madre, bohemios”, del popular poema descrito por Monsiváis como “la apoteosis

del 10 de mayo”. Fue, también, un apasionado de la poesía estadounidense, y rindió un culto casi fervoroso a dos poetas que hoy se leen muy poco: Langston Hughes y Hart Crane, a quienes también citaba de memoria en no mal inglés (si bien algo derrapante).

Fue un solidario vocacional, y apoyó grandes y pequeñas causas. ¿Cuántas publicaciones titubeantes habrá apadrinado?, ¿cuántos libros presentado?, ¿cuántos prólogos firmado?, ¿a cuántas mesas asistido? Supongo que son cifras que superan por mucho a las de cualquier otra figura pública en México. Su generosidad podría asombrarnos más que su célebre omnipresencia. Y todo ello aderezado con un talento escaso: el de hacer reír. Su gran sentido del humor fue un analgésico y una utilísima herramienta de comunicación para colocar el mensaje. Su muerte lo instala, en estos días, en un lugar en que se movía a sus anchas: el centro de la agenda pública, y la pirueta es digna de Marshall McLuhan: *Monsiváis es el mensaje.* —

— JULIO TRUJILLO

EL MARGINAL DEL CENTRO

Cuando entré a la UNAM en 1974, me inscribí en el curso que daba Monsiváis. El salón estaba abarrotado, a reventar, había algunos que no habían alcanzado asiento (¿o que no querían usarlo?). Llegó tarde, habló muy quedo, desde mi lugar y oídos la mitad inaudible, mascullaba frases ininteligibles. Sus fieles lo idolatraban sin que abriese la boca, el silencio se podía cortar con cuchillo. Se fue antes de que se terminara su tiempo, como asustado, tímido. No volvió a la segunda ni a la tercera clase. Yo dejé de asistir sin saber si volvió o si había quedado espantado para siempre de sus muchos seguidores; en realidad, en esos días sólo me interesaba oír hablar de poetas y a poetas.

Muchos meses antes de inscribirme fui a visitar la UNAM viajando en el tranvía de Revolución, pero no fue ahí sino en un camión, yendo a la glorieta de Insurgentes, donde encontré a alguien leyendo un libro. La escena era de por sí inusitada —en este país, quién lee—, pero mi sorpresa fue mayor cuando vi que el lector, un poco menos joven que yo y bastante lumpen, leía a Monsiváis, *Días de guardar* (“la erosión melancólica que hemos dado en llamar la vida nacional”). No comprendí la escena. Devoré con los ojos al lector milagroso, intentando explicármelo. Monsiváis me parecía barroco y complicado, yo creía que escribía en clave, lleno de alusiones para los entendidos —sí, de *Días de guardar* había leído con mis amigas su crónica del estreno de *Hair* (la abuela de Alicia había estado involucrada en ella). Yo venía huyendo de los *happy few*, quería ser escritora, marginal, y ver ese libro en manos de un lector callejero me hizo un efecto rarísimo.

Tardé años en comprender la grandeza de la prosa mon-sivaíta. Aun apreciándolo —cuando dejé de ser la radical “noquierosabernadaquenoseaexclusivamenteliterarioyputo”—, Monsiváis siempre fue para mí un enigma. Era un exquisito popular. Un elitista para todos. Un marginal que viajaba en el centro. Era muy leal a sus bromas, especialmente si sacrificaban a sus más queridos amigos. Recuerdo algún viaje en automóvil con él y Pitol, en que se ensañaban contra un poeta cercano a ellos, contando anécdotas de su vida que con crueldad convertían en pasajes desternillantes. Su máximo respeto era hacia la risa. Recuerdo muchas otras conversaciones —porque Monsiváis era un conversador excelso—, alrededor de una mesa, en casa con Alejandro Aura, caminando en la calle de esta u otras ciudades, en un aeropuerto. El humor de Monsiváis, su ojo con filo, su lengua envenenada, su escrupulosa malicia.

Lo recuerdo una vez que llegamos a Berlín, y él estaba desprovisto de ropa de invierno. Corrí con él por guantes, una gorra, una chamarra; por unas horas fue otro más de mis hijos. Regresó a México como volvía siempre, con su maleta llena de tesoros que había encontrado en no sé qué tiendas de objetos viejos.

Recuerdo otro viaje al que arribó contrito (¿a Madrid?, ¿a Frankfurt?): su equipaje se había extraviado en el nuevo aeropuerto de Milán, y contenía un grabado que había encontrado en alguna tienda de pulgas, un tesoro. Llegaba sin suéter, pero no se iba de ningún lugar sin haber escarbado aquí y allá hasta dar con joyas.

En Irvine, California, *chez* Jacobo Sefamí, la noche en que moría Paz, Monsi sacaba de su manga poemas completos y acotaba la plática con anécdotas de la Garro, del joven Paz, de otros.

Su brillantez y astucia, su memoria fotográfica, que él me explicó con pelos y señales, su desenfrenado apetito (intelectual y no), su voracidad como espectador y lector, su pasión por el poder (y por criticarlo), su apego morbosos a los políticos, su amor por el arte popular y el exquisito, su acumulación de chismes y anécdotas, tan improbables como sustanciosas, su Amado Nervo, su Salvador Novo, su López Velarde, su irreverencia, su visita a Brooklyn —conversando en casa con neoyorquinos sobre detalles de la vida de esa ciudad con lengua de muy entendedor y muchas palabras—, su devorarlo todo (excepto el alcohol, los deleites gastronómicos y otras aficiones del confort burgués), sus chascarrillos y la profundidad de su filo; sus epigramas; su ojo para pescar perlas entre los puercos, no terminan por explicar el fenómeno que él ha sido, y que sólo tendría cabida en México.

En un viaje trasatlántico en avión, Monsiváis cruzó la noche con la luz encendida, la pluma en mano y leyendo. Así lo imagino aún hoy, en el otro mundo, si existe, y, si no, en este, frente a sus lectores. —

— CARMEN BOULLOSA